no: su corazon jamas habia latido con mas desórden.... "VEN, MADRE MIA, VEN," repite con impaciencia la voz que sale de detras de la plancha de fierro.... ¡Oh! ¿quién dará á esta débil mujer la fuerza que le va á faltar? ¿Será el Dios que veló sobre el niño Moisés flotando en su cuna sobre las aguas del Nilo, el Dios que ha salvado á Daniel en la cueva de los leones, el Dios que ordenó á las llamas respetar á los tres jóvenes hebreos en el horno de Babilonia?.... *El amor es mas fuerte que la muerte*, ha dicho la sabiduría divina; y el amor de una madre es el mas fuerte de todos los amores.... El horno se abre.... ¡Oh felicidad! ¡oh gozo! ¡oh transportes inesplicables! inclinado ante la anchurosa boca del horno, el niño, fresco como una flor humedecida del rocío, tiende sus brazos á la madre: habia tres dias que su padre lo habia arrojado á la hoguera, y ni un solo cabello de su hermosa y rubia cabeza habia sido quemado.

Al encontrar así á su hijo, la judía dió un grito tan fuerte, que multitud de gente acudió allí. El hijo refirió á la madre y á todas las mujeres que llegaron, que una reina divina que él habia visto en la iglesia de los cristianos, se le habia aparecido en el momento de caer en las brasas, y repentinamente.... las llamas, obedeciendo á sus órdenes, volaban suavemente perdiendo su calor al rededor de él..... agregó que esta reina de los ángeles habia estendido su mano sobre él, diciéndole: *Yo te tomo bajo mi proteccion; la sangre divina de mi Hijo te ha salvado.*

LA MISA.

No es solamente la Eucaristía el mas grande de los sacramentos de la Iglesia, sino que tambien es un sacrificio ofrecido al Dios del universo por la sociedad cristiana, esparcida sobre todos los puntos del globo, y que cada sol que nace ve celebrar en nuestros altares. En la antigua ley, el cordero Pascual servia á los judíos de sacramento y sacrificio. Sucede otro tanto bajo la ley nueva. El cuerpo y la sangre del Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo, es á un tiempo sacrificio y sacramento.

Desde el nacimiento de las sociedades humanas, ha habido por todas partes y siempre sacrificios.

La ignorancia y el error los ofrecian á ídolos vanos.

Israel, en los suyos, invocaba el verdadero Dios. "Pero ellos, ha dicho San Pablo, *eran pobres y defectuosos: infirma et egena elementa*, porque no podian borrar los pecados ni conferir la gracia." Pero el sacrificio de la nueva ley es perfecto en todos sus puntos; y David, que lo vió á traves de los siglos, lo llamó *sacrificio de justicia, sacrificium justitiæ.*

"Sacrificio de justicia, dice un piadoso escritor (1), ora porque contiene al Justo de los justos, al Santo de los santos, y la justicia y santidad de nuestro Señor Jesucristo, como porque justifica él mismo por la infusion de la gracia y demas dones que comunica."

"Así como el sacrificio es el punto principal, alma y esencia de cada religion, y como la nuestra es la mas santa y perfecta de cuantas han ecsistido y ecsistirán jamas, es preciso tambien que el sacrificio con que ella honra á la divinidad, sea el mas noble y escelente de todos."

Este sacrificio cristiano es realmente en esencia el mismo que el del Calvario, y no difiere de la gran inmolacion consumada en el Gólgota, sino por algunas ceremonias y ciertos accidentes. Al mismo Dios se ofrece, y se bebe la misma sangre.

Las diferencias accidentales que distinguen á estos dos sacrificios, son el que la inmolacion en la cruz fué cruel y sangrienta, y se hizo una sola vez, y la de nuestros altares es invisible, no enrojecida con sangre, y reiterada cada dia. Despues de mas de mil ochocientos años, no se pasa en la inmensidad del universo un solo dia (escepto el viérnes santo), sin que una iglesia se abra, se ordene un altar, suba á él un sacerdote y un Dios descienda allí, y sin que algunos fieles oren ante el santuario y honren al soberano Señor de todas las cosas.

Vos sobre todo, hombre de los campos, que vivís en medio de las maravillas de la creacion, respondednos: ¿no sentís en vuestra alma una gran dulzura cuando se van las sombras y llega la luz, cuando la brisa de la aurora hace ondular las copas de los árboles y espigas de los trigos, y la campana de la iglesia despierta al mismo tiempo á toda la campiña?.... Estos primeros toques son de la oracion *Angelus Domini;* pero á esto sigue el toque *de la primera misa* que llama á los hijos de la labor y del arado; muchos de ellos vendrán allí con sus mujeres á suplicar al Dios de los patriarcas que bendiga y haga fecundos sus zurcos. Yendo así á rogar á la antigua iglesia en que ellos y sus padres fueron bautizados, cumplen los buenos aldeanos un grande y sublime deber; porque la misa es, de cuanto tenemos acá abajo, lo que mas regocija á los bienaventurados del cielo, consuela á las almas piadosas de la tierra, y alivia á los detenidos en el purgatorio. Así es que las gracias que emanan de este sacrificio, se estienden mas allá de las regiones que alumbra el sol, y mas allá de las puertas del sepulcro.

Bajo la ley de Moisés, segun las órdenes del Señor eterno, tenia Israel cuatro especies de sacrificios. Los primeros se llamaban *holocaustos*, y tenian por objeto y fin la gloria de Dios; los segundos eran *propiciatorios*, para pedir perdon de los pecados cometidos; los terceros, *eucarísticos ó acciones de gracias*, que se ofrecian en reconocimiento de los beneficios recibidos de Dios; los cuartos se llamaban *impetratorios*, para suplicar al Señor concediese nuevos favores á su pueblo.

La santa misa reune en sí estas cuatro especies de sacrificios; de aquí es que jamas acto religioso alguno, en ningun lugar ni tiempo, ha podido, puede, ni podrá comparársele. Es sacrificio por escelencia; allí se ofrece Jesucristo por nosotros á su Padre, y se da á nosotros como alimento espiritual.

"La Iglesia ofrece á Jesucristo y se ofrece ella

(1) El padre Saint-Jure, de la Compañía de Jesus.

misma (1) con el Divino Salvador, con una protesta solemne que hace de que Dios es el Señor absoluto de todas las cosas; que todas las criaturas son una nada ante él; que de él han recibido y reciben ellas en todo momento el ser, la vida y el movimiento. Este sacrificio se ofrece para adorar á Dios, para reconocer su grandeza y tributar homenaje á sus perfecciones divinas, para honrar su soberano dominio, no solamente sobre la vida y la muerte, sino sobre el mismo ser: porque solo Dios es el autor del ser, y solo él puede darlo."

Es tan santo y augusto el sacrificio de los cristianos, que hace de nuestras iglesias un lugar celestial. El Cordero divino es inmaculado allí, y adorado, como nos lo hace ver San Juan, en medio del santuario de los cielos. Los ángeles, los arcángeles, las virtudes, los tronos, las dominaciones, los serafines y los querubines, toda la milicia del rey de los reyes, del señor de los señores, vienen allí á asistir con un santo temor, ocultándose con las alas. San Crisóstomo, despues de otros antiguos padres, ha referido varios hechos autorizados; y esta verdad de la presencia de los ángeles, ha sido siempre tan conocida, que San Gregorio el Grande esclama: "¿Cuál es el fiel que pueda dudar que á la voz del sacerdote, en el momento mismo de la inmolacion, no se abre el cielo, y no asisten los coros de los ángeles al misterio de Jesucristo, y que no se reunen al rededor del altar las criaturas celestes y terrestres, visibles é invisibles?" Escuchemos á la Boca de oro de la Iglesia al describir las celestiales maravillas del gran sacrificio:

"Cuando veis al Señor inmolado, estendido sobre el altar, al sacrificador inclinado sobre la víctima, y á todos los fieles teñidos con la preciosísima sangre, ¿creeis estar entonces en la tierra entre los hombres? ¿No os trasportais mas bien á los cielos? Y desterrando de vuestro espíritu todo pensamiento carnal, ¿no contemplais con los ojos de una alma libre y de un corazon casto, la gloria celestial que os rodea? ¡Oh prodigio! ¡oh bondad de Dios! El que está sentado allá arriba á la diestra de Dios Padre, se deja coger en este momento por las manos de todos, se entrega á quien quiere recibirle y darle señales de amor. He aquí lo que pasa para todos los fieles á los ojos de la fé. ¿Os parecen dignas de desprecio estas maravillas? ¿Deben por ventura pisarse de una manera indigna é injusta?"

"¿Quereis juzgar de la ecsistencia de nuestros santos misterios por otro prodigio? Representaos á Elías, una turba inmensa preparada á su rededor, y la víctima colocada sobre las piedras; ved á todos los demas inmóviles y en el silencio mas profundo; solo el profeta eleva la voz para rogar, y precipitándose de repente la llama desde lo alto del cielo sobre el holocausto: ved los prodigios que se apoderan del alma entera, trasportaos de este sacrificio á la celebracion de nuestros misterios, y vereis, no digo prodigios, sino cosas muy superiores á todos los prodigios. El sacerdote está en pié atrayendo sobre la tierra, no un fuego que se estingue, sino al mismo Espíritu Santo; él ora largo tiempo, no para que una llama enviada de lo alto devore las ofrendas, sino para que la gracia, descendiendo sobre la víctima, abrase las almas de todos los fieles y las haga mas brillantes que la plata purificada por el fuego. ¿Quién podrá, si no es en un momento de delirio, ó en un acceso de locura, despreciar un misterio tan tremendo? ¿No sabeis que jamas ha sido capaz el alma humana de resistir á la accion de este fuego celestial, pues que todos seriamos aniquilados bajo su accion sin el poderoso socorro de la divina gracia?"

Antes de describir las diferentes misas que se celebran en diversas circunstancias de la vida, misas que tienen un carácter particular y una poesía especial, robemos á San Justino el apologista, la pintura del gran sacrificio de los cristianos, ofrecido en las Catacumbas en el primer siglo de la Iglesia.

"Cuando el que se asocia á nuestra fé y á nuestras creencias ha recibido la ablucion del bautismo de que hemos hablado antes, lo conducimos al lugar en que se hallan reunidos los que llamamos nuestros hermanos. Entonces comienzan las fervorosas oraciones que hacemos por el iluminado, por nosotros mismos y por los demas, por la esperanza de alcanzar por medio del conocimiento que tenemos de la verdad, la gracia de vivir en la rectitud de las obras y observancia de los preceptos, y así merecer la salud eterna. Terminada la oracion, nos saludamos todos con un beso de paz; en seguida se presenta al principal de los hermanos, pan, agua y vino. El toma todo esto, celebra la gloria y canta las alabanzas del Padre del universo por el nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y recita una larga accion de gracias por todos los bienes que de él hemos recibido. Concluidas las plegarias y accion de gracias, el pueblo esclama: *Amen Amen;* que en hebreo significa: Así sea. Cuando el gefe de los hermanos acaba las oraciones y le ha contestado el pueblo, los que llamamos diáconos distribuyen á cada uno de los concurrentes el pan, vino y agua, sobre que se han dicho las acciones de gracias, y los llevan á los ausentes."

"Llamamos á este alimento *Eucaristía,* y nadie puede participar de él, si no cree la verdad de nuestra doctrina, no ha recibido la ablucion en remision de sus pecados, ni vive segun los preceptos de Cristo. No tomamos este alimento como un pan ordinario y una bebida comun, sino que á la manera que por la palabra de Dios, habiéndose hecho carne Jesucristo nuestro Salvador ha tomado sangre y carne para nuestra salvacion, así este alimento, que por la asimilacion debe nutrir nuestras carnes y nuestra sangre, se ha hecho, por la virtud de la accion de gracias que contienen las palabras del mismo Jesucristo, la propia sangre y la propia carne de Jesus encarnado: tal es nuestra fé. Los apóstoles en sus escritos que se llaman *Evangelios*, nos han enseñado que Jesucristo les recomendó obrar de la misma manera, cuando al tomar el pan les dijo: "Haced esto en mi memoria: este es mi cuerpo;" é igualmente tomando el cáliz y dando gracias: "esta es mi sangre," agregó, y le distribuyó solo á ellos.

"Despues de la asamblea nos entretenemos mútuamente en recordar lo que en ella ha pasado. Si tenemos dinero, socorremos á los pobres, y siempre nos ausiliamos recíprocamente, y alabamos en todas nuestras ofrendas al Criador del universo por Jesucristo su Hijo, y por el Espíritu Santo. El dia del sol, como se le llama, todos los que habitan las ciudades ó campiñas, se reunen en un mismo lugar, y allí se leen las relaciones de los apóstoles y los escritos de los profetas, segun el tiempo de que se puede disponer. Cuando ha concluido el lector, hace un discurso el que preside, ecshortando á la imitacion de estos sublimes hechos. Despues nos levantamos todos; y, como antes se ha dicho, terminada la oracion, se trae pan, vino y agua, y el que preside hace las oraciones y acciones de gracias con el fervor mas grande. El pueblo responde *Amen*, y la distribucion y comunion general de las cosas consagradas se hace inmediatamente á todo el concurso, llevando á los ausentes los diáconos su parte. Los que están en abundancia y dan limosnas, las entregan al que preside, quien socorre á las viudas, huérfanos, enfermos, indigentes, presos y estranjeros; en una palabra, tiene cuidado de aliviar todas las necesidades (1)."

Hemos hablado en las precedentes páginas de una misa dicha en la campiña, en una pobre iglesia rústica, antes que los labradores vayan á sus campos; tratamos entonces de pintarlas cuales las hemos visto en Bretaña y la Vendée, implorando con fé y esperanza al Dios cuya bondad se estiende sobre toda la naturaleza; la primera misa celebrada en una gran ciudad, antes de comenzar todo ruido y toda agitacion, tiene tambien su poesía; en estas ciudades que necesitan de *siete justos que allí habiten y oren*, para que el fuego de la cólera divina no caiga sobre ellas, es consolador ver á los fieles levantarse al mismo tiempo que el dia, para ir á pedir al soberano Señor de todas las cosas, bendiga á ellos y á sus familias en el dia que comienza. Si entrais entonces á la iglesia, os edificará el recogimiento que allí reina; entre los cortesanos que han venido á buscar fuerza y resignacion al pié de la cruz, entre las almas buenas que desde el alba naciente hasta la sombra de la noche (a solis ortu usque ad occasum) alaban al Señor, vereis regularmente hombres de ciencia y de piedad, médicos *segun el corazon de Dios*, que comienzan el dia asistiendo á la primera misa de su parroquia, y van de la casa de Dios á la de los pobres, á quienes las enfermedades y miserias aflijen al mismo tiempo. . . ¡Oh! ¡benditos sean estos hombres, y si están condenados á llorar, Dios enjugue sus lágrimas!

Es tan *móvil y versátil* el entendimiento del hombre, que no puede admirar largo tiempo lo que hay mas admirable; él, que no ama la monotonía, se deja vencer por el hábito. Entusiasmado en el primer dia, cae al tercero en la frialdad é indiferencia. Con esta verdadera enfermedad, que nace del pecado original, nos desgastamos aun en las cosas divinas. Si no fuera por esta triste y funesta disposicion, ¿con qué respeto, con qué profundidad de temor, amor y adoracion no iriamos á postrarnos al altar en que se celebra la santa misa? ¡Oh! ¡cuán gran beneficio del cielo es una fé pura, y cómo debiamos pedirla con fervor á Dios para nuestra felicidad en este mundo y en el otro! Con ella se perciben las delicias del cielo al traves de las nubes; y ella es la que ha traido á los santos visiones maravillosas y consoladoras. Santa Catalina de Sena, veia muchas veces un divino niño radiante de gloria en las manos del sacerdote en el momento de la elevacion. Muchos justos han oido conciertos celestiales, han entrevisto á los serafines con sus arpas de oro, cuando á la voz del ministro del altar, el pan y el vino del sacrificio se han trasformado súbita y verdaderamente en el cuerpo y sangre de Jesucristo.

Es la misa una cosa tan escelente y divina, palabras de un piadoso y docto escritor (2) que si se pusiesen reunidas como en un ramillete todas las cualidades, todas las virtudes, todas las buenas obras do los hombres, toda la santidad y pureza de los ángeles y María reina del cielo, todas las alabanzas, todos los honores, y todos los servicios que se han hecho y hagan eternamente á Dios; todo esto no será tan agradable á su Divina Magestad ni le dará tanta gloria. . . . como una sencilla misa celebrada en una pobre capilla para unos cuantos fieles."

El mismo autor refiere con su estilo austero, que "el grande Alburquerque, conquistador de la India Oriental, hallándose en peligro de naufragar por una violenta tempestad que agitaba su barco, tomó un niño en sus manos, y lo puso, levantándolo, entre el cielo y la tierra, á fin de detener con la interposicion de este inocente, el castigo que Dios queria tomar de sus ofensas. Cuando el sacerdote levanta la sagrada hostia en la misa, debemos con él levantarla para oponer tambien este cordero sin mancha, á los rayos que la justicia de Dios va á lanzar contra nosotros en castigo de nuestros crímenes."

Repito aquí lo que he dicho otras veces: para describir las cosas santas se deben usar las palabras de los santos. En el Apocalípsis de San Juan encontramos una magnífica descripcion de la antigua liturgia. Al leer este pasage, se ve que la *Iglesia triunfante* se asemeja tanto á lo que la *Iglesia militante* observa en sus asambleas, que no sabeis, por decirlo así, si el apóstol ha trasportado nuestra liturgia al cielo (3), ó á nuestras asambleas cristianas la liturgia celestial.

"Lo que hiere desde luego nuestro pensamiento

(1) Instrucciones sobre el rito, por M. Alberto de Choin, obispo de Tolosa.

(1) San Justino I apol., traduc. de Riancey.

(2) Juan Baut. Saint Jure de la compañía de Jesus.
(3) Instituciones teológicas por Liebermann, tomo IV, p. 476.

en esta ciudad inmortal, es el rey mismo, el anciano de los dias, semejante al Hijo del hombre sentado en su trono, brillando con un admirable esplendor; despues las sillas de los veinte y cuatro ancianos colocados á uno y otro lado del trono. Allí vemos vestidos blancos, coronas, siete candelabros, un altar, incienso, perfumes, y un libro sellado. Ante el trono y en medio de los ancianos, el Cordero como inmolado y sin vida; y los ancianos y los cuatro animales postrados ante el Cordero; y bajo el altar las almas de los que han sufrido la muerte por el Verbo de Dios. En fin, vemos coros de ángeles en gran número al rededor del trono, y una turba innumerable de escogidos de todos los pueblos é idiomas, entonando un cántico en honor de Dios y del Cordero."

Con estos datos es fácil representarse las asambleas de los cristianos. Allí presidia el obispo y ocupaba un trono levantado en la estremidad del santuario. Venerable por su edad y virtudes, estaba en medio del pueblo fiel, como imágen visible de Dios. A los lados habia sillas para los ancianos y sacerdotes que rodeaban al obispo. Los diáconos y demas ministros que se hallaban parados, figuraban á los ángeles y espíritus servidores, dispuestos siempre á ejecutar las órdenes de Dios. Ante el trono del obispo estaba el altar con siete candelabros, y sobre el altar el Cordero como muerto, es decir, Jesucristo, que á pesar de no poder ya morir, se inmolaba en el altar de una manera mística é inefable. Tambien habia incienso, vestidos para los sacerdotes y levitas, oraciones, fieles, y una turba esparciendo alabanzas á Dios, turba que representa la que vió San Juan ante el trono de Dios y en presencia del Cordero. No es circunstancia insignificante la de las almas de que habla San Juan, las almas de los mártires colocadas bajo el altar, pues es uso de los mas antiguos de la Iglesia, eregir estos altares sobre los sepulcros de los mártires, ú ocultar al menos sus huesos bajo los altares. En cuanto á lo que se dice de la multitud de elegidos, que el Cordero que está en medio del trono los conduce hasta el manantial de las aguas que dan la vida, esto nos prueba no ser *vanas ceremonias* lo que se practica en las asambleas de los cristianos, pues de allí manan las fuentes vivas de las gracias en que los fieles se purifican, se nutren y fortifican para la vida eterna.

Ha declarado el divino fundador del cristianismo, que estará con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Hasta ahora el Dios de verdad ha cumpiido su palabra, y todo lo que vemos en la Iglesia católica apostólica romana, revela la inspiracion de lo alto. Nada hay en nuestro culto que no sea un emblema, ni tenga su significacion moral y religiosa. Demos una rápida ojeada á todo lo que se refiere al traje y las ceremonias del sacrificio del altar.

Los pontífices y sacerdotes de la ley antigua, ejercieron el sacerdocio profético con los vestidos que el eterno Señor no se desdeñó describir él mismo á su siervo Moises; tambien ha querido la Iglesia revestir al sacerdocio de la ley nueva de ornamentos particulares, que hiciesen aparecer la santidad: pues aunque este sacerdocio esté mas allá de las sombras y figuras de la antigua alianza, no posee, sin embargo, ni representa la verdad, sino por medio de señales visibles. Los hombres necesitan á menudo de signos esteriores que los traigan interiormente á las grandezas visibles de los misterios.

Dice San Gerónimo que debe estar el sacerdote separado del mundo, no solo por sus costumbres y espíritu, sino hasta por su traje: es preciso que el ministro del verdadero Dios jamas pueda ser confundido con los pontífices de Baal. Así es que la Iglesia ha querido con su acostumbrada sabiduría, establecer perfectamente esta distincion. Los vestidos que señala á sus ministros, son muy particulares, y los que deben usar en la celebracion de los sagrados misterios, recuerdan por sus formas y colores, algunos rasgos y circunstancias de la pasion dolorosa de nuestro Señor Jesucristo.

He aquí al sacerdote católico ya por subir al altar; antes de pisar el santuario, debe recojerse profundamente en el silencio para mirar bien el interior de su alma: "porque, dice San Crisóstomo (1), ¿cuáles deben ser las manos que operen semejantes maravillas, y toquen al soberano Señor de todas las cosas? ¿Cuál debe ser la lengua que pronuncie aquellas palabras? ¿Qué santidad debe ser comparable á la del alma que ocupa el Espíritu divino?.... Es menester que el sacerdote tenga los mismos sentimientos que el Hijo de Dios, es menester que se anonade por medio de una profunda humildad, y que en el momento de representar la crucificcion del divino ajusticiado, lleve las señales de sus llagas grabadas en su corazon, y sea este mismo corazon un altar en que se sacrifique él mismo."

"Es menester, agrega San Lorenzo Justiniano, que el sacerdote suba al tribunal del altar como Jesucristo al Calvario; es menester que asista allí como un ángel, sirva como un santo, ofrezca los votos y plegarias del pueblo como un pontífice, y pida la paz como un mediador."

Ecsaminemos los vestidos de que se reviste el sacerdote para la celebracion del tremendo sacrificio. Es el primero, el *amito*, que cruza sobre sus espaldas; este lienzo representa el pedazo de tela con que los judíos cubrieron el rostro del Salvador, diciéndole: *Adivina quién te ha golpeado*. El *amito* recuerda al ministro de Jesucristo, que debe cubrirse con todas las armas de Dios para poder resistir los asaltos del demonio.

El *alba*, vestidura de lino fino que cubre toda la sotana, debe traer á la memoria del celebrante, aquella túnica blanca con que hizo vestir Herodes por burla al Redentor. Conviene su valor tanto mas á los hombres consagrados al altar en que se inmola el cordero sin mancha, cuanto que todos los espíritus bienhechores se representan vestidos de ropas blancas como la nieve. En efecto, el sacerdote debe por su pureza ser el hermano de los ángeles, y llevar su color.

(1) De Sacerd., lib. VI. cap. III.

El *Cíngulo*, que se anuda sobre el Alba, es un recuerdo de las ligaduras con que fué atado el divino Hijo de María.

El *Manípulo*, especie de pequeña estola, que el oficiante lleva en el brazo izquierdo, reemplaza una servilleta, un mantel que los sacerdotes de los primeros tiempos se ataban al brazo, cuando querian servir y socorrer á los enfermos. Regularmente estaba este lienzo empapado en los sudores y lágrimas de los desgraciados. A esto alude el obispo cuando dice al subdiácono al ordenarlo, poniéndole el Manípulo sobre el brazo izquierdo: *Accipe manipulum, per quem designantur fructus donorum operum*. Recibid este manípulo, que designa el fruto de las buenas obras.

La *Estola*, que besa el sacerdote como los demas ornamentos, antes de ponerla sobre el cuello, recuerda las humillaciones de Jesucristo llevando su Cruz en el camino del Calvario. El advierte la obligacion estrecha que le impone el sacerdocio, de llevar con paciencia el yugo del Señor, sea que la Providencia lo haga pesado ó ligero.

La *Casulla* (que en la antigua forma), representa la vestidura de púrpura con que fué adornado el Hombre de dolores, cuando Pilatos lo presentó al pueblo diciéndole: *Ecce homo*. El principal ornamento de la casulla, es la cruz señalada ó bordada por los galones de plata, oro ó seda, para que el ministro de Jesucristo no olvide que tiene tambien una cruz que llevar, y que lo mismo que nuestro divino Modelo, debe dirigir en el doloroso camino de la vida palabras de esperanza y consuelo á los que sufren y lloran.

Tales son las lecciones que dan á los ministros de los altares los ornamentos esteriores de que es preciso que se adornen para el grande y santo sacrificio. Y nosotros, que los vemos salir de la sacristía al santuario, debemos rogar por ellos; porque cuando estén frente á frente de un Dios, cuando tengan en sus manos al Hijo muy amado del Altísimo, se inmolan por nosotros, y nos encomiendan á sus misericordias sin término.

"Supongamos que la misa sea una ceremonia antigua, cuyas oraciones se encuentren en los juegos seculares de Horacio, ó en algunas tragedias griegas; ¿cómo podiamos dejar de admirar el diálogo que abre el sacrificio cristiano?

—Me acercaré al altar de Dios.

—Del Dios que llena mí juventud de regocijo.

—Haz lucir tu luz y tu verdad; ellas me condujeron á tu sagrada montaña y á tus tabernáculos.

—Me acercaré al altar de Dios; del Dios que llena mi juventud de regocijo.

—Cantaré, Señor, tus alabanzas en el arpa.

Mas ¿de dóndo te viene alma mia esta tristeza? ¿por qué te turbas?

"Es este diálogo un poema lírico entre el sacerdote y el catecumeno. El primero con la esperiencia que da los años gime por las miserias del hombre por quien va á ofrecer el sacrificio; y el segundo lleno de espranza y juventud canta á la víctima por la que va á ser rescatado." (1)

(1) Chateaubriand.—Genio del Cristianismo.

"Sigue el *Confiteor*, oracion admirable por su profunda moralidad. Implora el sacerdote la misericordia del Omnipotente para el pueblo y por sí mismo."

—Señor, escucha mi oracion.

—Llegue mi voz hasta vuestros oidos.

"Entonces sube el sacrificador al altar, se inclina y besa con sumo respeto la piedra que contiene los huesos de los mártires."

"Recuerdos de las Catacumbas.

"Se apodera en este momento del sacerdote un fuego divino; y como los profetas, de Israel entona el cántico que hicieron resonar los ángeles en el pesebre del Salvador, y del que oyó Izequiel parte en una nube."

"Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. Té alabamos, te bendecimos, te adoramos, Rey del cielo, en medio de tu gloria inmensa."

Sigue la Epístola á este cántico; el amigo del Redentor del mundo, Juan, nos hace escuchar palabras llenas de dulzura, ó el sublime Pablo insulta á la muerte y descubre los misterios de Dios.

Listo el sacerdote, para leer el Evangelio, se detiene en medio del altar á suplicar al Eterno purifique sus labios con el carbon ardiendo que purificó los labios del profeta Isaías. Resuenan las palabras de Jesucristo en la asamblea: ya es el juicio de la mujer adúltera; ó bien el Samaritano que derrama el bálsamo en las llagas del viajero; ora los parvulitos benditos en su inocencia, ó el hijo pródigo que regresa á la casa paternal. En los siglos de la caballería todo militar sacaba la espada á la lectura del Evangelio, para atestiguar que estaba dispuesto á defenderlo.

"¿Qué hará el sacerdote y concurso al oir tales palabras? declarar que creen firmemente en la existencia de un Dios que dejó tales ejemplos en la tierra. Se canta el símbolo de la fé con toda solemnidad. La filosofia, que gusta tanto de las cosas grandes, debe notar aquí que es la primera vez que un pueblo profesa públicamente la unidad de Dios: *Credo in unum Deum*.

"Despues de ofrecer la hostia el sacrificador por sí, *por los vivos y los muertos*; presenta el cáliz: *Señor, os ofrecemos la copa de nuestra salud*. Bendice *el pan y vino*. *Venid, Dios eterno, á bendecir este sacrificio*. Despues de todo esto se lava las manos."

"*Lavaré mis manos entre los inocentes.... No permitais acabe mis dias con los hombres sanguinarios*."

Recuerdo de las persecuciones.

Ya preparado todo, el sacerdote vuelto al pueblo le dice: *Orad, hermanos....*

Responde el pueblo:

"*Reciba el Señor el sacrificio de tus manos para la mayor gloria de su nombre, utilidad nuestra y de toda la Iglesia*.

Queda un momento el sacerdote en silencio, y despues anunciando repentinamente la eternidad esclama.

Per omnia secula seculorum.

—Elevad vuestros corazones. *Sursum corda.*

—Contestan mil voces: "*Habemos ad Dominum. Los elevamos al Señor.*"

"Se canta el prefacio con el estilo de la melodia antigua, ó recitado de la tragedia griega. Se invita á las dominaciones, las potestades, las virtudes, los ángeles y serafines, á bajar hácia la gran víctima, y repetir con el coro de los fieles el triple *Sanctus* y *Hosana al Eterno.*"

Llega el terrible momento; se abre el *Cánon.*

La consagracion termina con las mismas palabras de Jesucristo: *Señor*, dice el sacerdote inclinándose profundamente, *que os sea agradable la hostia santa como los dones del justo Abel y el sacrificio de vuestro patriarca Abraham, como el de vuestro gran sacerdote Melquisedech. Os suplicamos sean llevados estos dones á vuestro sublime altar por las manos de vuestro ángel á presencia de vuestra divina majestad.*"

A estas palabas desciende el Cordero para ser inmolado y se cumple el gran misterio.

¡Oh solemne momento! Prosternado
El pueblo allí, en silencio religioso....
Ese templo divino á quien piadoso,
Los pórticos de un musgo ha devorado....
El muro secular iluminado
Por una vaga claridad sombría;
Las góticas vidrieras y el fanal,
La lámpara sagrada de metal
Que ante el Señor desde lo antigüo ardia,
Cual símbolo de sol y eternidad....
Un Dios, que ante los hombres desde el cielo
Se digna descender, y baja al suelo
Cubierto de su gloria y majestad....
Las lágrimas, las voces y el incienso
Que sube hasta el altar, y las doncellas,
Que á la materna vista sus querellas,
La dulce voz, ante el concurso denso
Elevan con su fé, pura, inocente,
Y engrandecen aun mas la gloria eterna
Y de la religion la pompa tierna....
Ese órgano que calla reverente....
El piadoso silencio, y misteriosa
Esa union invisible de los cielos
Con la tierra infeliz, calamitosa....
Todo inflama, conmueve y engrandece
La sensacion del hombre que estasiado
A ese mundo se juzga trasportado,
Que inaccesible á su maldad parece:
Al mundo celestial, do en arpas de oro
Inmortal serafin el himno canta
A los piés de Jehovah, y allí levanta
Esa trova sin fin en tierno coro.
¡Ay! Dios entonces por do quier presente
Se esconde al sabio, se revela empero
Al tierno corazon puro y sincero....
¡No me es dable esplicar lo que se siente (1).

No he querido cambiar una sola palabra á esta descripcion rápida y poética de la misa; la he copiado sin cercenar las páginas del *Genio del cristianismo*, obra que ha hecho inmenso bien desde su publicacion, demostrando á nuestra juventud, que se puede sin incurrir en lo *pequeño y simple*, amar, admirar y practicar la religion de nuestros padres.

Repito que era un *inmenso servicio*, hecho al catolicismo tanto tiempo ultrajado por los filósofos del siglo diez y ocho; y hoy que Chateaubriand descansa en el sepulcro, á la sombra de la cruz que defendió, rindámosle la justicia, que los hombres del santuario no han sabido tributarle debidamente.

Cuando la Iglesia ruega para que el Señor reciba *el pan de vida y de salud*, como recibió los *dones de Abel y sacrificios de Abraham y Melquisedech*, no quiere comparar á un don con otro; pues la Eucaristía es superior á los antiguos sacrificios, mas que el cielo á nuestro valle de lágrimas; sino á sacrificadores con sacrificadores, á los sacerdotes por cuyas manos hace su divina ofrenda con Abel, Abraham y Melquisedech.

Es muy de observarse, que aquí no se hace mencion de los sacrificios de Aaron; solo se citan tres justos que en el Antiguo testamento fueron en sí mismos y en sus ofrendas al Eterno, figura de Jesucristo y de su sacrificio, mas espresa que todos los restantes. Abel, ya por su inocencia como por el género de muerte y fidelidad con que ofreció las primicias de su rebaño, fué figura de Cristo inocente, entregado á la muerte por la envidia de los judíos (2).

Fué Melquisedech el símbolo y emblema del Redentor, ora por su cualidad de sacerdote, ó por la de *rey de paz y de justicia.* Entre las figuras que anunciaron la venida del Salvador, fué la de Melquisedech la mas ilustre (3), y la única que parece digna de él; léase la epístola á los hebreos, que no necesita de comentarios. En el Génesis se nos muestra á *Melquisedech, sin padres, sin genealogía, sin principio, y sin que se vea su fin* (4). No fué porque careciera de todo esto, ni porque fuese preciso que, como han querido algunos, fuese un ángel, sino para ser figura de Jesucristo es para lo que se presenta Melquisedech como *sacrificador del Altísimo, para ofrecer á Dios pan y vino, presentarle á Abraham que lo bendijera* y en su persona á todo el sacerdocio levítico, *recibiendo el diezmo* como un homenaje debido á la escelencia de su sacerdocio, recibiéndolo al mismo tiempo de Leví, del mismo Aaron y de toda la raza sacerdotal, que se hallaba en Abraham como en su tronco; cuyo diezmo no es mas que el despojo de los reyes vencidos, concedido á Abraham para honrar á *Melquisedech, gran pontífice, rey de justicia y de paz, que es la interpretacion de su nombre y de la ciudad en que reina.* En toda la serie de

(1) Hemos tomado esta poesía de una traduccion que nos ha venido últim ente á las m n .

(2) Abel, el justo, es por justicia figura de Jesucristo que ofreció por nosotros la sola oblacion agradable al cielo, y capaz de apaciguar á su Padre.—Bossuet.

(3) Elevacion sobre los misterios por Bossuet.

(4) Heb.—Gen. 18, 19, 20.

la historia, no se *vuelve á mentar á Melquisedech; no se habla* de él sino para hacer relacion á las divinas funciones; y repentinamente, novecientos años despues, mirando David con ojo profético al Cristo que llama su *Señor sentado á la diestra de Dios*, en gran majestad y poder, *engendrado en el seno de Dios antes de la Aurora, vencedor de sus enemigos, vencedor de reyes*, le dirige con juramento estas palabras. *Vos sois sacerdote eternamente segun el órden de Melquisedech;* no teneis antecesor ni sucesor (1); no depende por lo mismo de la promesa dirigida á Leví y Aaron. "He aquí, concluye San Pablo, en un nuevo sacerdocio, un nuevo servicio y una ley nueva (2)."

El sacrificio de Abraham que recuerda el sacerdote cristiano en el ofertorio, es aquel gran sacrificio, de admirable obediencia, que el patriarca estuvo próximo á cumplir cuando colocó en el altar de la montaña á su amado Isaac.

Cuando pronunciadas las palabras de la consagracion, el Dios de cielo y tierra, soberano Criador de todas las cosas y redentor de los hombres, baja al altar, el sacerdote frente á frente de él, ora por el pueblo y por sí mismo, y durante el silencio que sigue á la elevacion, espone á la víctima divina que ha amado tanto á los hombres hasta morir por ellos con muerte de cruz, todas sus necesidades, todas sus miserias; el sacerdote debe en medio de su caridad; interceder por sus amigos por sus enemigos y sus prójimos. No se debe reducir su oracion á los vivos; tambien debe orar por las almas de los difuntos, y pedir por ellas *un lugar de descanso* de las penas que sufren, *la luz*, á causa de las tinieblas en que se hallan abatidas; *la paz*, á causa de las agitaciones que esperimentan, en espera del reposo y las delicias del paraiso.

La admirable oracion que se eleva hace dos mil años, de todo el universo cristiano, oracion que solo Dios ha podido componer, porque solo el Criador es capaz de conocer todo aquello que necesita la criatura para este mundo y el otro, la Oracion dominical debia entrar tambien en el santo sacrificio, y así precede á la comunion del sacerdote.

Despues de haber roto la hostia en tres partes el celebrante, desea la paz al pueblo fiel por medio de estas palabras; *Pax Domini sit semper vobiscum. La paz del Señor sea con vosotros.* La paz que les da no es la paz del mundo, sino la paz del Señor; paz con Dios, paz con nosotros mismos, paz con nuestros hermanos.

El sacerdote anuncia este deseo teniendo en la mano el cuerpo del divino Salvador. Entonces forma la señal de la cruz sobre la sangre preciosa para significar: *que por esta sangre derramada sobre la cruz, se ha hecho la paz entre el cielo y la tierra.*

El sacrificador deja caer en el cáliz la parte de la hostia que tenia en la mano, llega el momento de la comunion, y para estar mejor preparado, invoca tres veces la misericordia del Cordero de Dios, que lleva sobre sí; y quita los pecados del mundo.

(5) Ps., c. IX, 1, 2, 3, 4, 5,

(6) Heb., VII, 22 y sig.

Hasta esta parte de la misa, ha dicho el sacerdote todas las oraciones por sí y por el pueblo; pero llegado el momento solemne de la comunion, solo tiene á la vista sus pecados, y ya no hace mencion de los asistentes. El ministro de Jesucristo en el altar, siempre habla de sí con sentimientos y en términos llenos de humildad, y de los fieles con respeto. El dice que está *cargado de innumerables pecados, de iniquidades y crímenes;* no habla de su persona sino diciendo: *mi esclavitud*, mientras que llama á los asistentes *Hijos de la familia de Dios.* Así es que la humildad del divino Maestro se reproduce en su ministro.

Invocaré el nombre del Señor, agrega el sacerdote; *llamaré á Dios en mi alma para que sea su apoyo y vida.* Al decir estas palabras, toma las dos partes de la sagrada hostia, y cada vez mas penetrado de la distancia infinita que media entre un pecador y la misma santidad, confiesa en alta voz su indignidad, dándose golpes de pecho y repitiendo tres veces: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum, sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea.*

Despues de esta triple confesion de su profunda indignidad, hecha en todo el recogimiento de su alma abismada ante la grandeza del misterio, consume el sacrificador la hostia. Despues de algunos instantes y nuevas oraciones, toma el cáliz de salud y bebe la sangre preciosa.

Así se consuma el gran sacrificio que recuerda el del Calvario. No hemos visto á los verdugos; no hemos oido el ruido de los martillos que introducen los clavos en las divinas manos; no han herido nuestros oidos los crueles gritos de la turba deicida; y sin embargo, sobre el altar que rodeamos ha palpitado la carne del Salvador en la hostia, y la sangre ha corrido del cáliz al pecho del sacerdote, medianero entre el cielo y nosotros.

Así como el sacerdote cambia segun las solemnidades del año el color de sus vestiduras sagradas, de la misma manera la misa permaneciendo siempre el mas grande, mas santo y adorable de los sacrificios, varia algunas veces de forma y aspecto. Se celebra la misa por nuestros gozos y dolores, por el niño que hace su primera comunion, y por el anciano cargado de dias, que pasa de esta vida á la otra, por los desposorios y por los entierros, para implorar el auxilio del Dios de los ejércitos, antes de la batalla, y por el reposo de las almas de los guerreros despues del combate.

¿Qué cosa hay mas saludable y mejor para el reposo de la sociedad cristiana que la misa parroquial del domingo? Hay una gran ventaja en reunirse en esta asamblea de fieles de una misma ciudad, bajo la relacion puramente humana, para asistir á un mismo sacrificio y rogar al mismo Dios. La gran misa del domingo, enseña á la familia á conocerse. Hombres que jamas se encontrarían, se reunen allí cada ocho dias, bajo las miradas de aquel que lee en todos los corazones. Si hay en el fondo del alma deseos cristianos que se miran al pié del altar, algun pensamiento de rencor ú odio, este odio y este rencor, abandonarán co-